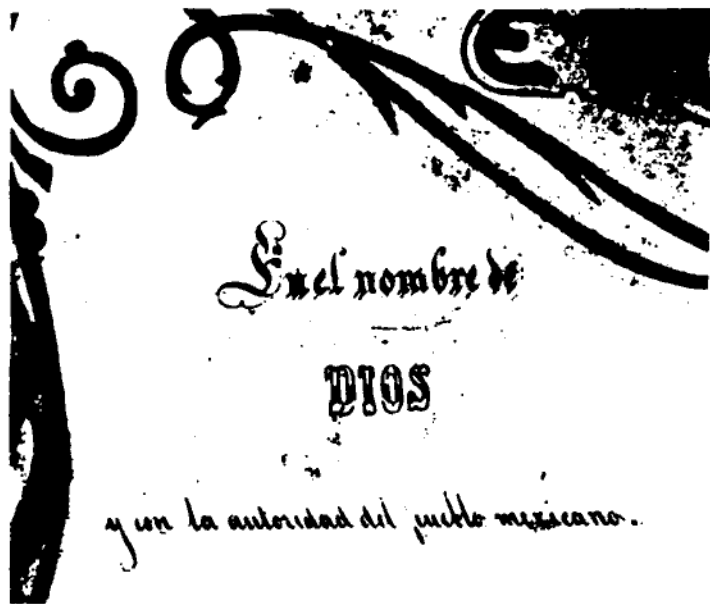


percepción, cosa en la que tiene razón, y el que sea correcto describir lo que no percibimos en términos perceptuales. El ejemplo que ofrece, en el "visualizamos" un cuerpo compuesto de moléculas como si pudiéramos percibir las, pierde sentido al disminuir su magnitud. De esta forma Freud fracasa en su intento de probar que su descripción mentalista es objetiva, que tiene contenido físico. En efecto, el análisis del lenguaje antropomórfico, y la controversia actual muestran la complejidad del problema. Piénsese en la doctrina de la indeterminación de la traducción radical de Quine, que quiere probar que las afirmaciones hechas en lenguaje mentalista acerca de una persona no tiene contenido físico individualmente, aunque la descripción mentalista completa lo tendría. Esto significa que atribuir a un individuo un deseo particular, una creencia, una duda, no es atribuirle un estado neurofisiológico concreto. Al atribuirle un sistema psíquico, y una historia psíquica completos, en cambio sí se restringiría el número de sistemas neurológicos que podrían constituir a ese individuo. Davidson cree demostrar que sólo pueden identificarse sucesos individuales mentales con sucesos individuales corporales, sin que pueda haber leyes psicofísicas. Harman nos dice que una mente individual es un autómata no determinista, un cerebro que cumple con un 'programa' y que el programa dará sentido al lenguaje antropomórfico. La discusión de cómo pueda ser la Piedra Roseta que nos permita traducir la mente al cuerpo tiene muchos vericuetos. Tiene razón Nagel cuando escribe que "La teoría psicoanalítica deberá cambiar mucho, antes de que se le considere parte de la descripción física de la realidad. Tal vez, al igual que otras teorías mentalistas, nunca alcanzará el tipo de objetividad necesario para lograr ese fin. Hoy, como en 1896, es demasiado pronto para saberlo."

Hugo Margáin



### Historia General de México, de varios autores

*El Colegio de México, México, 1976. Tomo III, 331 pp.*

**P**arece que la muerte sorprendió a Cosío Villegas justo cuando, después de agotar el pasado, se disponía a historiar el futuro. Su primera empresa histórica, la *Historia moderna de México*, le llevó 23 años, entrenamiento suficiente para que en 1971, confiara en el éxito de un verdadero consorcio de empresas históricas que entonces empezó a crear. Así, abrió sus puertas al público, la *Historia mínima de México*, que es, antes que nada, una obra piadosa: consiente y entiende al atareado lector citadino y le proporciona una visión redonda de México, en una nuez y en un par de horas. Otra empresa histórica llegó a la televisión y sin pena ni gloria, plantó en más de un televidente la duda de si la historia de México era algo más que sus héroes de bronce. Una casa editorial comenzó a vender fascículos de nuestra historia en los puestos de periódicos: otra idea de Cosío. En fin, el trust se completó con una *Historia General de México* en cuatro tomos editados en el Colegio de México, de los cuales sólo resta por salir el último, y una *Historia contemporánea de México* (aún inédita) concebida con

el mismo aliento que impulsó a la *Moderna*.

La *Historia General* fue bautizada así por los motivos de su tema y de su proyectado público lector: cubre desde la llegada del hombre a las tierras que serían México, hasta la época actual, y está destinada al lector medio, de ninguna manera culto. El primer volumen alcanza hasta antes de la conquista; el segundo refiere la saga de ésta y la vida colonial; el tercero trata del México independiente hasta 1910 y el último abarca la era revolucionaria. La edición está muy bien cuidada y bonitamente ilustrada. Los autores muestran que en México, a falta de buenos científicos sociales, nunca ha faltado una planta completa de historiadores.

El tomo III fue preparado por cuatro especialistas. Comienza con "Los primeros tropiezos" de la orgullosa nación independiente, que son narrados por Josefina Vásquez, con dos aciertos: primero, el de incorporar los sucesos nacionales al contexto internacional en el que se daban, con lo cual se logra una visión menos ingenua y más real de las verdaderas limitaciones del país: México nace en parte como una función de la política americana; el segundo consiste en tratar aspectos de vida económica, social y cultural, que para el lector medio son casi desconocidos debido al mito de que el país entero no era más que un campamento habitado por generales. Lilia Díaz se

*Los representantes de los diferentes Estados, del Distrito y Territorios que componen la República de México, llamados por el Jefe del Poder Ejecutivo en Puebla el primero de Marzo de 1847, reunidos en la ciudad de México el día 11 del mismo mes y año, y por la convocatoria expedida el 17 de Octubre de 1835 para constituir a la nación bajo la forma de república democrática, representativa, popular, formada en ejercicio del poder: con que están investidos, con arreglo de la Constitución decretada la siguiente*

42 ocupa del "liberalismo militante" y da cuenta pormenorizada de las guerras reales y verbales, de un modo limpio y claro. José Luis Martínez hace una historia erudita de "México en busca de su expresión". Pero la pulpa del libro es la que escribió Luis González bajo el letrero de "liberalismo triunfante".

Se trata del primer intento de resumir la *Historia moderna de México*, esos enormes nueve tomos que Cosío pensó condensar alguna vez, sin llegar a hacerlo. Luis González fue redactor de uno de esos nueve y como miembro de la vieja guardia de aquella empresa, los leyó de cabo a rabo. Para los efectos de la *Historia general* le cambió la tan criticada estructura (que dividía aburridamente la vida social, la económica y política) le adhirió la vida cultural, un rico anecdotario, un nuevo enfoque y un estilo suculento.

Su libro dentro del libro, consta de cinco partes: la "República restaurada" habla de los aguerridos liberales de la pluma y la espada que triunfaron sobre el Imperio; explica sus proyectos para el país, la "reaccionaria realidad" que se les oponía a los escasos frutos que cosecharon. "La ascensión porfiriana" cuenta cómo al ideal de libertad se antepuso el de "orden y progreso"; desfila la biografía de Díaz, sus exitosas medidas de pacificación forzosa, su inteligente y patriótica política frente a los EU, la marcha hacia la prosperidad económica, las primeras inversio-

nes extranjeras, la fundación de bancos, y la mesiánica llegada del ferrocarril. Este panorama de pujanza financiada desde fuera y anhelada desde dentro, se contrasta con la poca libertad política que se ejerció y toleró. Y hay algo de irónica piedad en el historiad-

En el orden político (México) asume una monarquía republicana un neoiturbidismo solapado. A eso se le llamó orden y también paz. En lo económico pone en marcha la construcción de un mercado nacional, una industria fabril para el consumo interno, una minería extractora de metales industriales para el consumo externo y una capitalización desde fuera. A eso se le llamó progreso. En lo social deja hacer al chico y grande, y éste se llena los bolsillos con entusiasmo. A esto se le llamó libertad. En el México campesino, en el 80 por ciento de la sociedad mexicana, sólo se produce un cambio de atmósfera, casi no de vida. Se transita del constante ¡Jesús! en la boca a un sueño relativamente tranquilo que no a una vigilia dichosa.

La paz porfiriana no fue la de los sepulcros. Luis González la dibuja como una paz donde el progreso se metía por los ojos en la forma de ferrocarriles, líneas telegráficas, pegasos, monumentos, palacios. Una obesa paz erigi-

da sobre la figura del héroe, el gran conciliador nacional, el restaurador del crédito nacional. Una paz que nos recuerda el México de los cincuenta; algo aburrida, paz de "sin novedad mi general", de puestos estables, poca movilidad, poca política y mucho orden. En el plano económico la paz generaba un crecimiento impresionante y paría una nueva clase media (un defecto del escrito es la falta de gráficas o tablas que ilustran más que las palabras) pero en el social la paz no reinaba en las conciencias: porfirismo era sinónimo de desigualdad. Transitan por la escena las distintas clases sociales, desde la ostentosa burguesía, hasta los diversos estratos del pueblo acompañados de sus respectivas actitudes, narradas con trazos que las comunican casi visualmente.

"El ocaso del Porfiriato" es explicado más como un cataclismo o un acontecimiento fizado en una necesidad biológica, que determinado por "causas profundas". Era la pera que cae por la "sucesión de peros" que se le ponían, por las circunstancias económicas (crisis de 1908) que la naturaleza inventa y que los hombres no controlan. Cierra el capítulo un balance general del liberalismo mexicano, en donde queda claro que el México actual es, en buena medida, resultado de los ensueños modernizadores del dueto oaxaqueño: Juárez y Porfirio.

Aparte de la evidente virtud de ser una historia plural, donde la "tierra si-

guiló siendo varia y los hombres distintos", una historia antidoto contra esa enfermedad nacional que es la historia de bronce, la de Luis González tiene por lo menos otras dos prendas notables. En primer lugar, como hacía Cosío Villegas, pero creo que con más claridad, González identifica a los responsables de la historia que no suelen ser las masas, ni tampoco las grandes personalidades, sino las élites rectoras. Se pregunta *quiénes* antes de preguntarse *porqué*, costumbre hermenéutica que haría mucho bien si la adoptaran los metafísicos de la historia. Hablar de élites lo lleva a tomar en serio la ocurrencia de Ortega sobre el método histórico de las generaciones. Aquí, como en muchas otras cosas, ante la bancarrota de los sistemas de explicación profunda, el buen sentido común enseña que la historia se mueve en parte por generaciones de hombres que siguen un ciclo biológico: lo que ahora es moda y es novedoso, lo que ahora opera, mañana es una camisa de fuerza que habrá de estallar. ¿Por qué las cosas son frescas y crecen, por qué se corrompen y mueren? Nadie sabe y el historiador prudente, menos.

La otra virtud está en el estilo. Hay algo de la economía verbal y la sabiduría de la adjetivación de Borges en lo que escribe Luis González. Del Borges barroco y del Borges que dice simplemente las cosas más complicadas. Pero la mayor cualidad del estilo está en el humor y en su tono coloquial. Luis González se sienta a la mesa y nos cuenta el cuento del liberalismo triunfante, un sabroso cuento de victorias pírricas, de ensueños nacionales, de había una vez un hombre grande, y de la historia de México como un juego de artificio.

Enrique Krauze

## El Desarrollo y las Crisis de la Filosofía

de Ramón Xirau

Alianza Editorial  
Madrid, 1975

**E**l libro del profesor Xirau no es una historia de la filosofía en su sentido usual. Tampoco es una introducción a la filosofía en su sentido usual. Esto no impide que se le pueda utilizar en ambos sentidos. La claridad de la exposición, la seriedad de sus propósitos y la sensibilidad ante cualquier problema hacen que el libro sea sumamente recomendable para cualquier tarea docente; y, cosa más importante, su lectura es muy agradable. Como ante un poema interesante, lo importante le llega a uno con tranquilidad, sin estridencias. El profesor Xirau sostiene tesis que es de importancia analizar.

Varios son los temas, que aunque brevemente, merecen la pena destacarse. A ellos ceñiremos nuestro tratamiento. Son los siguientes: 1) su concepción de la filosofía de la historia (o de la historia del pensamiento); 2) su concepción de la filosofía; 3) su concepción de lo que considera ser la "crisis" en la historia de tal pensamiento; 4) su filosofía, más bien implícita, de la religión. Analicemos, pues, por separado, cada uno de estos apartados.

1) El profesor Xirau deja bien claro que no intenta "encontrar una 'ley' universal para el desarrollo del pensamiento." Con razón opina así ya que, realmente, no podía ser de otra forma; en la historia del pensamiento, filosófico o no, ocurre como en cualquier campo de la historia: que no se da la unanimidad necesaria en lo que a las regularidades se refiere y las leyes, por su parte, no son sino esas regularidades detectadas en los fenómenos a investigar. El autor, en consecuencia, se conforma con ofrecernos "ritmos... melodías... pautas" que nos aclaren —que nos hagan *entender*, añadiríamos nosotros— el devenir de nuestra historia filosófica. Pero una cosa es no haber encontrado y otra cosa no buscar. Estamos seguros que el profesor Xirau, sin limitarse simplemente a describir he-

chos, quisiera encontrar alguna regularidad en sentido fuerte. Negar esto sería tanto como negar el deseo de comprensión que caracteriza cualquier búsqueda. Y afirmarlo es poner al profesor Xirau ante uno de los problemas más insolubles con los que cualquier historiador y filósofo puede encontrarse.

Como reconoce nuestro autor, cualquier ley, *sensu stricto*, falla a la hora de explicar el acontecer histórico filosófico. Supongamos, por usar un ejemplo harto conocido, la hipótesis siguiente: es en épocas de crisis y decadencia cuando se desarrollan más formalismos. De este modo, los estoicos, filósofos inmediatamente posteriores a los grandes clásicos griegos, pasan a la historia de la filosofía como potentes cultivadores de la lógica puesta en marcha por Aristóteles. Desarrollan, concretamente, el cálculo proposicional mientras que Aristóteles estudió primordialmente el cálculo de predicados. También refinan el concepto de regla. Ahora bien, lo primero que puede preguntarse uno es por qué los escépticos o ipicúreos no van a la par de los estoicos en tales descubrimientos. Más aún, ¿cómo es posible que sean precisamente aquéllos que más conservan una doctrina sistemática al estilo de las grandes "summas" los que más destilen el razonamiento formal? Las objeciones podrían multiplicarse.

Cualquier hipótesis de este tipo, por tanto, está sujeta a tantas restricciones que al final se convierte en un cúmulo de argumentaciones *ad hoc* carentes de relevancia.

Pero volvamos a las pautas señaladas por el profesor Xirau. Uno se atrevería a decir que dichas pautas serán más pautas cuanto más se acerquen, de algún modo, al concepto de ley. Si,